



CJC

■ Santiago Prieto

Cuesta trabajo poner en orden las ideas al tomar hoy la pluma para escribir de Cela. Demasiado cerca está su marcha para la perspectiva, el sedimento. De lo que ha significado este mascarón de proa en el viejo galeón España, tardaremos mucho tiempo en darnos cuenta. Los enormes campo y trecho que ha ocupado, roqueños puntos de mira y referencia.

Tardaremos en metabolizar su ida, en medir su hueco; en saber lo que su obra en nuestra historia, en nuestra vida, significa.

La obra de Cela se descubre y redescubre cada día en cada calle, en cada bípodo que sufre, que piensa, que goza o que vegeta; en cada surco, en cada asfalto, cada cuneta; en las ciudades hostiles, en los pueblos opacos de luces y de nieblas; en los asnos, las gallinas, los lobos y los perros; en los nombres recreados; en los hombres innominados, los atroces, los golfos, los faltos y los genios; en los peatones del sendero, en el barro, en el aire y en la tierra; en las mujeres brutales, las amables, las inocentes y en las tier-nas. La obra de Cela está en nuestra consciencia, y por debajo de ella corre y se acrecienta.

Leímos sus libros (Pascual, Pabellón, Alcarria, Colmena...) en nuestra adolescencia, y al descubrirlos ad-
vinábamos ya entonces lo que eran. San Camilo, Cipote, Miño, Fotografías, Izas, Diccionario, Judíos, Oficio, y tantos, tantos, tantos, en nuestra juventud primera. Mazurca, Cachondeos, Cristo, Apuntes, Memorias, Madera, Artículos, Apuntes, Papeles, en nuestra juventud postrera, y bien recordamos cómo los gozába-
mos y lo que ya no éramos. Sus páginas hoy nos rejuvenecen, porque la vida que en ellas late nos alcan-
za, nos penetra. Las palabras saltan de los renglones a las retinas y al resto del cerebro; nos inundan, nos nutren, nos impregnan. ¡Cuánta vida hay en esos libros! ¡qué obra tan inmensa!

Cuesta trabajo, la pluma pesa, hacernos a la idea de que quien a tantos el resuello diera, haya doblado ayer el último recodo. Cuesta.

Desde muy pronto supo quién era. Y también era pronto aún, cuando de un libro se sacó una costilla para hacerse un personaje, una máscara voluble, impertinente y desmesurada, a su medida. No escondió la cara cuando aventó sus simpatías, ni hurtó el cuerpo cuando fue beligerante con los charlatanes de feria, las moscas cojoneras y los inoportunos, pues bien sabido es que no hay necio humilde ni ignorante mudo.

Sembró entropía, y se atrevió en nuestro idioma con lo que nadie hasta él había osado. Trabajó con, para, desde, y hacia el español con denuedo, como nadie desde el Siglo de Oro había hecho. Penetró hasta

el fondo de la cueva, y pisó donde nadie hasta entonces había hollado. Nos descubrió, lúcido y a la vez despiadado, lo que en cada saco de piel hay encerrado. Llegó con saña al yeyuno y a los tuétanos. Acertó mil veces y no se disculpó por sus aciertos. Apuró la copa, triunfó y fue libre, ¡qué impertinencia en España! Si además fue feliz, sólo él lo supo o, vaya usted a saber, si le importó o si tan sólo ahora lo sabe.

Fue creador de altura y de profundo, y puso en limpio todo un universo con su pluma. Cada hombre y cada mujer caminan en sus páginas, uno a una. Si en el Quijote todos estamos, en los libros de Cela hasta nuestros átomos hallamos.

Al final apareció el modelo. El más grande. El único ante el que CJC dobló el cuello. El manco ante el que hoy se persignan hasta agnósticos y ateos.

Fue clarín en un páramo de miedo y de silencios. Su voz fue bramido en un yermo de capones envidiosos y soberbios. Decir que fue independiente y solo es pleonasma.

Tuvo la suerte de una agonía breve y estuvo vivo hasta el último minuto. Supo morir. Ahí es nada.

Y cuánto pesa ahora la péñola al escribir: "maestro, que tengas buen viaje y, por todo, gracias."

Descanse en paz.

Madrid, enero 2002